



"El Gobierno no debe dejarse encajonar"

● Jaime Guzmán Errázuriz, abogado, secretario general de la UDI, árbitro aficionado de fútbol y miembro de la Comisión Fernández asegura que "el régimen tiene que dar señales inequívocas de avance hacia la plena democracia". Además, analiza el polémico tema de la sucesión presidencial.

AUNQUE no necesita presentación, insistimos:

—¿Cuál es la circunstancia de Jaime Guzmán Errázuriz hoy? ¿Asesor del Gobierno todavía?

—No. Actualmente soy miembro de la Comisión de Estudios de Leyes Constitucionales, conocida como la Comisión Fernández. También profesor de Derecho Político y Constitucional en la Universidad Católica — cargo que ejerzo desde que egresé del mismo plantel— y profesor en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. Bueno, aparte de eso, escribo algunas columnas periodísticas y soy secretario general de la Unión Demócrata Independiente, la UDI.

—Sigue actuando como árbitro?

—Ahora último no he estado en las canchas de fútbol con regularidad, porque sufrí un esguince y me ha costado recuperarme. Arbitraba el año pasado todos los domingos, pero espero reintegrarme de nuevo a alguna liga.

Estamos de cara a uno de los personajes de mayor relieve de este Gobierno, un hombre que se realiza en actividades muy dispares. El escenario es su propia oficina en la UDI, un recinto sobrio, sin nada espectacular que llame la atención adentro, salvo un óleo de medio cuerpo del ex Presidente de la República, Jorge Alessandri Rodríguez, que se asoma en un rincón, a su diestra.

Una estufa tiene una celdilla encendida, porque aunque hace calor afuera, hay frío adentro. Nos consulta si la apaga y asentimos.

Guzmán viste sin estridencias un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata azul con pintas. Los lentes, de grueso vidrio y marco, le dan una apariencia de intelectual nato. La imagen se acentúa al observar la calvicie que avanza sin transiciones hacia la nuca.

Habla pausadamente, en tono coloquial casi y con esa actitud deja atrás su conducta de formidable polemista. Porque, no equivocarse, este Jaime Guzmán entrevistado, no exhibe la dialéctica tremenda con que se imponía a sus antagonistas en el desaparecido programa "A esta hora se improvisa". Allí, con una velocidad de computadora, iba esgrimiendo argumentos, puntos de vista, opiniones que apabullaban a muchos de los contertulios, especialmente si pertenecían a la Unidad Popular o a la Democracia Cristiana. Algunos no pudieron superar la potencia de su esgrima verbal y varios andan por ahí todavía con ese trauma.

Guzmán parece temer a los diálogos "escritos", porque en ellos el periodista tiene todos los elementos para manejar las armas. Y que tiene aprensiones válidas porque sus rivales pueden esgrimir una frase fuera de su contexto.

En un ambiente calmo, entonces, siguió la conversación. Así, sin altibajos:

—¿Cuál es el quehacer de su grupo? ¿Es en definitiva un partido o sólo un movimiento?

—Hoy integramos un movimiento, no más. Pero pretendemos convertirnos en un partido político una vez que se regularice la situación de esas colectividades. Estamos ahora en una fase de expansión y crecimiento notables, que derivan del gran entusiasmo de sus militantes y de la acción de personas que adhieren a la UDI, en sus afanes por crear un nuevo estilo de hacer política y renovar, de esta manera, tanto las ideas como los hábitos cívicos.

—Da la impresión que la UDI está integrada especialmente por gente joven...

—Sí, sus militantes, en su mayoría, son jóvenes o pertenecientes a la generación intermedia. Claro que, ciertamente, no hacemos exclusiones por razones de edad. Hay personas mayores que nos prestan una valiosa cooperación y aporte.

—Habla usted de convertir la UDI en un partido, ¿a qué plazo espera eso?

—Esperamos que sea a la brevedad posible, porque ya estamos en la fase final del período de transición. La organización de los partidos políticos requiere de un plazo prudencial antes de que se efectúen las primeras elecciones parlamentarias, fijadas para diciembre de 1989. La opinión pública suele olvidar que para que eso ocurra faltan poco

"No hay como luchar en la adversidad. Porque la adversidad temple el carácter".

más de tres años, plazo al cual hay que descontarle uno o dos años de campaña electoral. Nos aproximamos entonces a la inminencia de un hecho que requiere la plena organización y participación de los partidos. Además, antes de eso, está la sucesión presidencial, en los términos que establece la Constitución.

—¿Cuando se refiere a la organización legal de los partidos, usted advierte un plazo mediano o inmediato para eso?

—Nosotros esperamos que la legalización ocurra en el curso de este año.

—¿Ese es un anhelo suyo o es una presunción?

—Es un anhelo.

—Esa ley especial está empantanada en el proceso legislativo porque hay discrepancias en el número de adherentes. Algunos hablan de 25 mil, otros de 150 mil adhesiones. ¿Cuál es la cifra óptima suya?

—Soy partidario de una cantidad mínima moderada de militantes que oscile entre los 20 ó 30 mil personas. El llevar más allá las exigencias, el extremarlas, es irreal, porque en todos los países del mundo la gente que hace vida partidaria es un porcentaje muy reducido de la población. Por otra parte, creo que no es importante el número de militantes de un partido. Es más trascendente el porcentaje de opinión pública que una colectividad interprete. Estimo, entonces, que si se fija una adhesión mínima de 20 mil personas y una captación mínima también del 5 por ciento del electorado, se va a lograr consolidar a organizaciones políticas serias, que tengan significación para el país.

—¿Usted trabaja porque haya en Chile pocos partidos, tal vez cuatro o cinco? Porque, creemos que nunca se va a dar la circunstancia de que existan sólo dos.

—Me parece difícil que podamos llegar a un sistema bipartidista. Lo más realista es que se constituyan aproximadamente entre cuatro y ocho colectividades. En un régimen presidencial como el nuestro el hecho de que existan sólo dos o tres partidos sería delicado, ya que el Presidente de la República tendría que subordinarse a una o dos colectividades que le dieran su apoyo. Creo que es bueno que un gobernante tenga frente a sí una gama mayor de posibilidades para hallar el apoyo parlamentario que necesita para cumplir sus tareas.

—Suponemos que habrá que reconstruir el modelo clásico de los tres tercios: izquierda, derecha, centro...

—Espero podamos superar ese cuadro que demostró ser muy inconveniente para Chile. Por otro lado, veo con inquietud cómo la DC, que aparece como un partido de centro y que tradicionalmente captó por eso una alta votación, no ha logrado consolidarse en esa característica. Más bien, advierto que entre sus dirigentes existe el complejo de no ser tildados de derechistas, lo que los lleva a no establecer un dique claro y categórico ante los grupos marxistas. Ellos suelen caer en el plano de la ambigüedad, porque si bien es

cierto que suelen definirse en el plano doctrinario, en el momento de las acciones toman una actitud conciliadora con el comunismo. Ahora, creo que en vez de tratar de reconstruir el viejo modelo de los tres tercios, debemos ir más bien a formar grandes tendencias que reflejen el pensamiento contemporáneo. Que lo que pudiera llamarse derecha sea algo muy renovado y diferente, semejante a lo que expresan Reagan, en los Estados Unidos y Margaret Thatcher, en Inglaterra.

—¿La UDI aspira a ser el intérprete de las derechas, a asumir el rol conductor?

—No nos sentimos parte de lo que en Chile se conoció tradicionalmente como "la derecha" porque nos parece ya un modelo muy agotado. En su mejor momento, a partir de los años 50, alcanzó porcentajes de votación del 20 por ciento y, cuando logró remontar esa cifra, fue gracias a la acción de una personalidad independiente y tan extraordinaria como don Jorge Alessandri. Como expresión política, la derecha quedó agotada, porque no tuvo la creatividad ni el vigor para proyectarse en el país como una fuerza capaz de gravitar en nuestra vida cívica con sentido de futuro.

—¿No cree que ese mismo vicio lo cometieron otros partidos?

—Hubo otros que cometieron errores peores. Claro que no se puede desconocer que la DC y las corrientes marxistas representaron para la generación del 60 una ilusión de una sociedad o de un ideal por construir — que yo no compartía— ya que revestían caracteres utópicos. Sin embargo, representaban algún atractivo para la generación más joven y, al mismo tiempo, una inserción dentro de lo que estaba ocurriendo en el mundo. En cambio, la derecha empezó a convertirse en un conglomerado muy poco atrayente para quienes éramos universitarios entonces. Para darle un ejemplo más, puedo enfatizarle que, en 1970, don Jorge Alessandri obtuvo un 35 por ciento de la votación nacional y los partidos que lo acompañaban, en las elecciones siguientes, apenas sobrepasaron el 20 por ciento. De manera que es evidente que había un conglomerado que, a pesar de tener ideas coincidentes con la derecha, no se sintió nunca interpretado por ella. El mismo gobierno actual, en sus mejores momentos, tuvo en 1980 un apoyo de casi el 70 por ciento cuando se votó la Constitución, cifra que desbordaba con mucho la votación de la derecha. De modo que, de todos esos elementos de juicio, surge la necesidad de trascender esa antigua realidad política y social y proyectar una nueva fuerza que sea capaz de recoger e impulsar un conjunto de ideas, muy sólidas en los principios, y que sea constructiva y realista en las proposiciones concretas. Además, muy renovadora para que se proyecte con un nuevo estilo a la ciudadanía.

—Desde el momento que de todas las corrientes apuntan su artillería contra la UDI, ¿será posible que ella cumpla o realice su propia utopía? ¿No será como el sueño americano?

—No lo llamaría el sueño americano, sino estrictamente chileno. Y no es una utopía sino un ideal posible. Claro que le aclaro algo: mis apreciaciones críticas no se refieren a los actuales movimientos chilenos, porque varios de ellos están en un proceso de renovación muy interesante, que sólo va a ser evaluado dentro de algún tiempo. Mi crítica apunta fundamentalmente a lo que fue el cuadro político tradicional, previo a 1973.

—¿No le arredran a usted los ataques que recibe desde todos los frentes y que vienen con proyectiles hasta teledirigidos?

—No. Muy por el contrario, son las cosas que más me entusiasman, porque eso significa que tenemos un perfil claro y una significación grande en el país. Nadie ataca a lo que es insignificante. Por otra parte, combatir en la adversidad forja caracteres y, al mismo tiempo, permite contar con los mejores valores humanos, que están dispuestos a jugarse por una causa justa en el momento adverso. Cuando la marea está a favor, uno puede obtener muchas adhesiones, pero es difícil cualificar si ellas tienen una motivación profunda o son simples oportunismos.

—¿Puede hablarse de que la UDI está en la adversidad, cuando está junto al Gobierno? Algunos suponen que eso trae beneficios políticos.

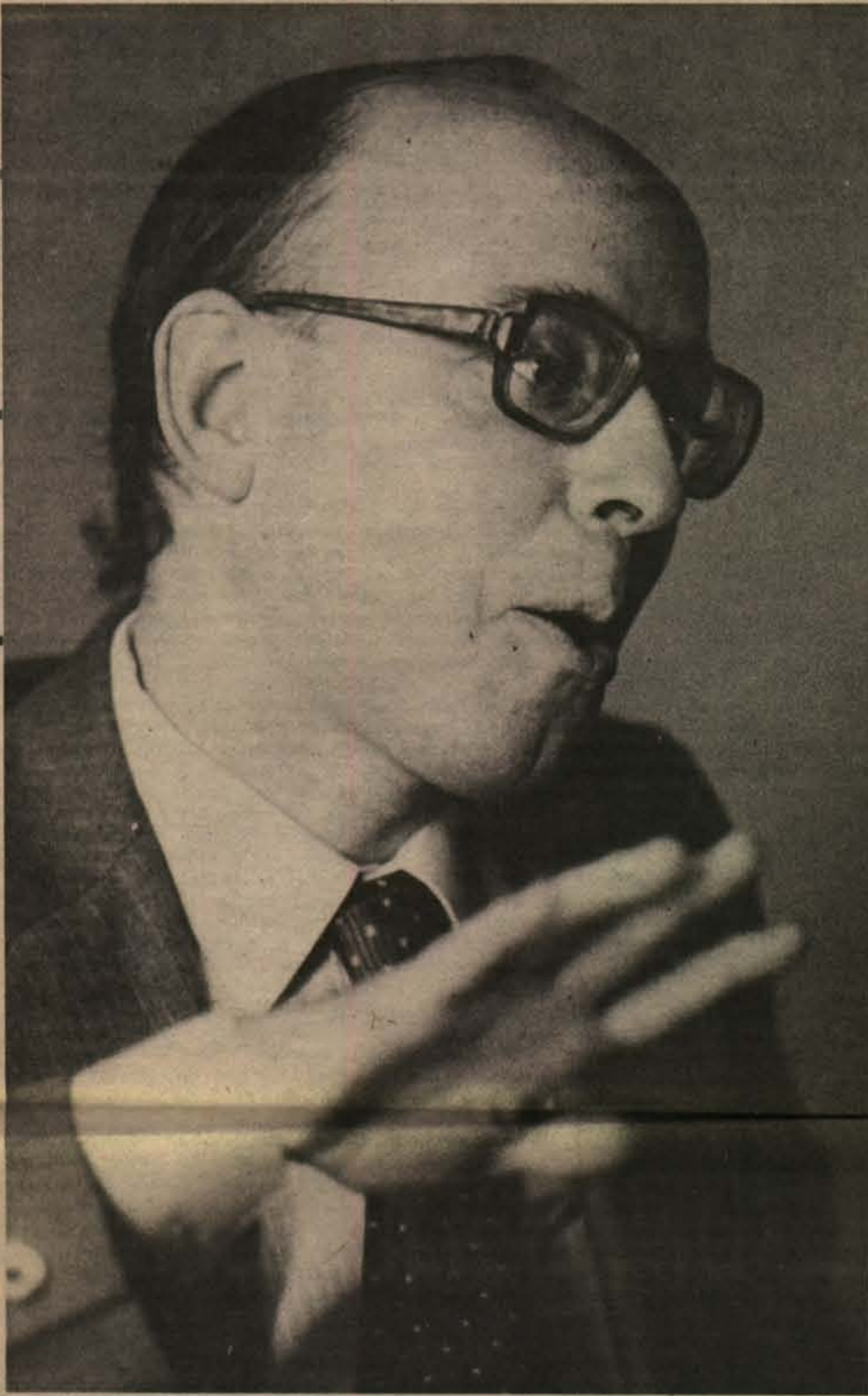
—Si se trata de beneficios políticos, no esperamos derivar en el inmediato plazo a una situación particularmente cómoda. Es evidente que cuando un gobierno dura un lapso prolongado, como es el caso del actual, se produce una tendencia natural en la opinión pública a acentuar el espíritu crítico. En este ambiente resulta difícil que se discierna entre las realizaciones del Gobierno — que a mi juicio son muchas— y entre las deficiencias o fallas de su acción. Por eso la UDI, haciendo un balance entre lo positivo y lo negativo, precisa que el saldo es altamente favorable y, por eso mismo, define su posición ante el Gobierno como "de un apoyo razonado e independiente de juicio". En esa línea actuamos con absoluta lealtad, pero sin servilismo que, muchas veces, no es más que una adhesión mal entendida. Así, estamos señalando siempre los aspectos que debieran ser corregidos o acicateando al Gobierno en aquellas situaciones en que hay tareas pendientes.

—¿Usted asegura que la oposición los ataca porque representan algo. ¿Cuando la UDI embiste en contra del Partido Comunista y la DC, tiene presente que esos grupos tienen relevancia en el país?

—Por cierto. Nosotros no compartimos sus principios y, aún más, los consideramos nocivos para el país. Pero eso no significa que ambas corrientes no tengan importancia en nuestro quehacer nacional.

—¿No se siente frustrado Jaime Guzmán por el hecho de que el MDP y el PC actúen a la luz pública, no obstante el fallo del Tribunal Constitucional que los proscribió?

—Más que frustración, es un motivo de desconcierto. El Tribunal Constitucional, a



"Algunos opositores insisten infantilmente en no hablar del Presidente de la República, sino del general Pinochet."

petición nuestra, falló un requerimiento que proscindió al MDP, al PC, al MIR y al PS, fracción Almeyda. Como nuestra presentación apuntó a organizaciones y no a personas, la declaración de inconstitucionalidad no ha tenido suficientes efectos prácticos, porque no se ha dictado aún la ley que desarrolle los efectos que debiera haber tenido y que está llamada a tener dicha inconstitucionalidad. Esperamos que se dicte a la brevedad esa ley, porque si no, el fallo y el artículo 8.º de la Constitución pueden quedar convertidos en letra muerta o pueden ser sobrepasados por los hechos.

—El gran debate de hoy se centra en una virtual reforma a la Constitución. Los opositores señalan que una vez que entre en vigencia el articulado permanente de la Constitución será imposible de modificar...

—Más que inmodificable, es difícil de modificar. Pero debo señalar que es modificable alcanzando altos quórum en el Congreso y, en algunos casos, requiriendo dos Congresos sucesivos y, en otros, la voluntad presidencial. Pero, en todo caso, no hay ninguna norma que sea inmodificable. Sin embargo, haciéndome cargo de esa inquietud, la UDI ha planteado oficialmente que, como los mecanismos de reforma son muy exigentes, convendría estudiar una reforma específica que apunte a ese aspecto concreto. La UDI cree que la Constitución debiera poder ser modificada por una mayoría calificada, pero no exageradamente alta.

—¿Esa reforma al articulado permanente la quiere ahora?

—Es una reforma que debería hacerse

antes de 1989. Como contrapartida, sería lógico recabar de los sectores democráticos, que desconocen la Constitución, que se allanaran a reconocerla.

—En el hecho, parece que todos los opositores la reconocen, salvo el MDP. La reconocen tácitamente porque están exigiendo modificaciones...

—Hay diferencias muy grandes entre ellos. Algunos están por el reconocimiento, otros, no. Específicamente, la DC nunca ha reconocido el texto constitucional. Es cierto que algunos de sus voceros, en forma aislada, han sugerido tal idea, pero no es el pensamiento oficial de esa colectividad. Es cierto, también, que los opositores apelan a la Constitución cuando presentan recursos de amparo o protección, pero paradójicamente, la aceptan como una realidad jurídica.

—Muchos chilenos creen que la oposición está enfrascada en una discusión bizantina, en todo lo que se refiere a la Constitución. ¿Cómo vería el Gobierno una declaración explícita de reconocimiento, no pondría ella término a un debate estéril que podría superarse con algo de sentido común?

—A mí me parece inconcebible que la oposición no logre superar esa evidencia mínima de sentido común. No le puedo contestar por el Gobierno, pero sí puedo hacerle una acotación personal: algunos sectores no quieren ni siquiera reconocer al Presidente Pinochet en su carácter de tal. Se refieren a él sólo como "el general Pinochet", como a una persona cuyo título no existe, es precario o está sujeto a discusión. Ahora bien, en el momento mismo que hubiera una declaración explícita de reconocimiento de la Constitu-

ción, habría también un reconocimiento pleno de las autoridades constituidas. Es esto último lo que algunos sectores de oposición no quieren hacer y por eso se mantienen haciendo el ridículo ante el país. Porque, se podrá ser partidario o contrario al actual gobernante, pero no se puede seguir insistiendo en que no es el Presidente de la República, sino "el general Pinochet". En una frase, siguen viviendo en un mundo de ficción.

—La oposición quiere una elección presidencial abierta en 1989, en vez de la alternativa plebiscitaria que plantea la Constitución. ¿La UDI está categóricamente contra esa expresión?

—La fórmula que consagra la Constitución, en la cual se establece que la persona que sucederá al Presidente Pinochet será propuesta a un plebiscito por los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y el General Director de Carabineros representa una extraordinaria posibilidad. Ello permitiría y exigiría que el candidato fuera una ecuación entre la garantía que requieren las Fuerzas Armadas y el apoyo popular mayoritario, expresado libremente en un plebiscito que tendrá todas las garantías que derivarán de la Ley del Sistema Electoral y del Tribunal Calificador. Pienso que es importante para la estabilidad democrática futura que la persona que desempeñe el cargo de Presidente de la República en un próximo período represente una continuidad institucional y no una ruptura respecto del actual régimen de las Fuerzas Armadas. Es el factor de continuidad institucional el que me parece indispensable lograr.

—Los opositores alegan que no sería un régimen de continuidad institucional sino más bien de continuidad personal. Porque temen que el sucesor del Presidente Pinochet —con el sistema propuesto— va a ser el propio general Pinochet...

—Yo he planteado, a título personal, que si el general Pinochet decide postular a la reelección, de acuerdo a las normas de la Constitución y con la correspondiente aprobación de los demás Comandantes en Jefe, y del General Director de Carabineros, en ese momento y para ese solo y específico caso, sería atendible considerar una reforma constitucional para ir a una elección abierta y competitiva. El general Pinochet, entonces, enfrentaría en una elección abierta a los otros candidatos que quisieran presentarse.

—A usted personalmente, ¿le gustaría ver al general Pinochet sucediéndose a sí mismo?

—No estimo oportuno avanzar un pronunciamiento hoy, al respecto, porque habría que evaluar lo que en 1988 representaría esa hipótesis para el futuro del país. Adelantar un juicio sobre esa materia sería, a mi juicio, precipitado.

—Hoy se advierte un empujamiento de posiciones del Gobierno y de la oposición, los equipos como en un mal partido de fútbol, no salen de la media cancha. Nadie avanza. ¿No considera que eso es peligroso para el país?

—Estimo que la prolongación de una situación semejante sería extraordinariamente inconveniente para la nación. Procurando un análisis objetivo para superarla, tiendo a reforzar mi creencia de que si los sectores de oposición, y especialmente la DC, establecen un claro y categórico dique frente al PC, abandonando cualquiera acción concomitante con él, se produciría un elemento de confianza en el Gobierno y en las Fuerzas Armadas. Es un factor indispensable que éstos requieren para intensificar el proceso de avance hacia la democracia. Porque las Fuerzas Armadas tienen perfecta conciencia de que su gobierno tiene un límite en el tiempo, límite fijado ya en la Constitución. Están ellas comprometidas, bajo el honor de su juramento, a respetar esos plazos. Lógicamente, el tránsito hacia esa realidad será tanto más dificultoso en cuanto persista la nebulosa que la oposición democrática, y en particular la DC, crea con su acción contemporizadora con el marxismo.

—Pero, en la medida que el Gobierno mantiene su inmovilismo parece advertirse que los sectores de centro, especialmente la DC, caminan hacia el MDP por el peso de los hechos. ¿Con sus reservas, no irá a lograr el

Gobierno resultados muy distintos a los que espera?

—Usted toca un punto muy interesante. Me parece que sería extraordinariamente equivocado que el Gobierno se dejara entrapar en no avanzar lo suficiente mientras la oposición democrática no defina una posición clara frente al marxismo. No puede el Gobierno supeditar su avance hacia la democracia a la conducta de la oposición. Porque si lo hace, se estaría entrapando en forma dramática y se le estaría haciendo muy difícil alcanzar los objetivos que él mismo se propuso, que la ciudadanía espera y que el futuro del país exige.

—Para evitar el entrapamiento que usted señala, ¿no sería importante que el Gobierno desde ya hiciera algunos importantes anuncios, señales claras que va hacia la democracia? Porque muchos arguyen que, si no los hace, se va a llegar a la polarización definitiva.

—Mire, la posición de los partidos políticos frente al Gobierno es una y la posición de la opinión pública es otra muy distinta. El Gobierno tiene una base de sustentación bastante significativa que no se refleja exactamente en los grupos políticos existentes. Pero, parece que su pregunta apunta más bien...

—Apunta al hecho de que el Gobierno debiera dar pasos concretos de que está en una transición a la gimnasia democrática. Y esa posición se advierte reiteradamente en las declaraciones de voceros del Departamento de Estado y de las Cancillerías europeas, que le temen a la polarización extrema.

—Sobre eso le contestaría dos cosas precisas. La primera: me gustaría mucho que esos voceros foráneos que se interesan tanto en Chile, usaran la enorme influencia que tienen sobre los sectores políticos opositores, los que están siempre solícitos a seguir sus indicaciones, para que corrigieran su cuota de perturbación a la situación política que vivimos. La segunda: coincido en forma categórica en que el Gobierno tiene que dar pronto todos los pasos concretos, claros e inequívocos que configuren señales nítidas de que está resuelto a cumplir plena y cabalmente, en los plazos establecidos, sus propósitos de instaurar en Chile una plena democracia.

En este sentido, considero que sería muy alentador ver este año la vigencia de la Ley de los Partidos Políticos y de la Ley de Inscripciones Electorales y ver también en marcha el proceso de inscripciones. Esos, a mi juicio, serían signos claros de que marchamos hacia el cumplimiento de la Constitución, disipando así toda duda o sospecha de algunos de que no existiría la voluntad gubernativa suficiente para alcanzar la plena democracia.

—Jaime Guzmán, secretario general de la UDI, ¿tiene alguna ambición política futura?

—Ninguna. Mi ambición está referida a las ideas que sustento, que espero ver lo más extendidas posible.

—Jaime Guzmán, ¿es un ultraderechista?

—Es una etiqueta que me ponen los que quieren descalificarme. Si se repara en mis planteamientos y trayectoria, estoy muy lejos de ser un "ultra". La característica fundamental de los "ultras" es el fanatismo, la no reflexión, la consignación. Y esos vicios son muy contrarios a lo que mi acción representa. Por lo demás, tal calificativo ya no me importa porque, con los años, tengo cada vez la piel más dura, diría que de elefante.

—Usted, ¿quiere o no, es un líder. ¿Eso lo envanece?

—No. Porque toda acción política debe estar orientada al servicio público y todo ejercicio de liderazgo debe estar marcado por esa característica. Me formé políticamente a través de una gran admiración de una gran amistad con don Jorge Alessandri que, a mi juicio, es la figura cívica chilena más relevante del siglo. El actuó en la vida privada y en la vida pública en forma concordante, de allí su gran autoridad moral que se proyectó al país entero. Además, creo que no me puede envanecer nada, ninguna circunstancia o favores de la vida, porque todo lo que uno tiene se lo debe a Dios, uno sólo es administrador efímero de cosas que se le han dado. Porque, por lo demás, toda la vida de uno y todo lo que pueda realizar en ella es humanamente precario.